

Flamenco con amplias miras

Un texto de los 60 de Edgar Neville y el debú en solitario de Antonio Carmona.

José Manuel Gómez

La reedición del librito de Edgar Neville *Flamenco y cante jondo* (Rey Lear) pone de manifiesto algunas de las polémicas que han azotado al flamenco durante el pasado siglo. El texto de Neville (1899-1967), editado en 1963, conecta con la revalorización del estilo musical gracias al impulso de Falla, Lorca y la Generación del 27, que en 1922 organizaron el concurso de Granada, vital para la supervivencia del flamenco como arte vivo. El prólogo de la nueva edición, obra de J.M. Goicoechea, describe a un autor poco dogmático que, en 1965, recibe con simpatía a los Beatles y que muestra su estupor por el celo de la policía: “¿Por qué ese trato rudo cada vez que alguien se alegraba

un poquito y se agitaba en su silla?”, escribía Neville.



Jondo y masas. No es difícil pensar que Edgar Neville hoy estaría satisfecho por poder escuchar *callandito* a figuras que aman tanto la tradición flamenca como el arte renovado (Enrique Morente, Miguel Poveda, Mayte Martín...). Probablemente hubiera sido de los primeros en aplaudir a esa generación del llamado *nuevo flamenco* capaz de agitar a las gentes en plazas de toros sin dejar de reclamar el silencio para escuchar a los que aman la tradición. Es el caso de Antonio Carmona, el cantante de Ketama, quien regresa a la escena –por primera vez en solitario– con un disco de vocación internacional, *Vengo venenoso* (Sony-BMG), de la mano del productor Gustavo Santaolalla, la personalidad musical más influyente de América Latina. Si Neville levantara la cabeza, encontraría que el flamenco sigue su camino sin abandonar lo jondo y sin desprestigiar a las masas. ●